

Capítulo VI

LA SITUACIÓN DE LOS LIMEÑOS BAJO LOS ESPAÑOLES Y LOS PATRIOTAS. LOS COLONIZADORES ESPAÑOLES. EL ESTILO DE LA CONVERSACIÓN. LAS MEJORAS EN LA EDUCACIÓN FEMENINA. LAS SIRVIENTAS ZAMBAS. LA OMNIPOTENCIA DE LAS DAMAS A LOS QUINCE AÑOS. EL ESPÍRITU DE CUERPO DE LAS MUJERES. EL TEMPERAMENTO TOLERANTE DE LA OPINIÓN PÚBLICA. LA DEFECTUOSA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA. LA PRERROGATIVA LLAMADA EMPEÑO. PADRINOS Y MADRINAS. LAS FIESTAS DEL DÍA DEL SANTO. FLORES Y PERFUMES. LAS LIMEÑAS SOBRESALEN EN EL CUIDADO DE LOS ENFERMOS. EL CARÁCTER GENERAL DE LAS MUJERES DE RAZA BLANCA Y LAS DE COLOR. LOS JÓVENES DE RAZA EUROPEA. POCOS HOMBRES DE HÁBITOS INTELECTUALES. EL PASEO DE AMANCAES, EJEMPLO DEL SENTIMIENTO Y EL CARÁCTER NACIONALES. EL *PILLO* Y EL *PILLO FINO*. EL DINERO COMO SUCEDÁNEO DE LA MORALIDAD. LA RELAJACIÓN GENERAL AUNQUE NO UNIVERSAL DE LA MORALIDAD

EN LIMA, LAS PERSONAS DE EDAD BASTANTE AVANZADA nunca dejan de reconocer, y a menudo disfrutan al contarnos, que antes de la gran revolución, y durante el tranquilo periodo de sus primeros recuerdos personales, sus conciudadanos y compatriotas eran, en general, justos y rectos en sus asuntos cotidianos y que el buen humor, la felicidad y la alegría de vivir eran inseparables de sus reuniones públicas y diversiones sociales.

Sin embargo, podemos apreciar que este espíritu firme y amigable, que, en efecto, parece haberse difundido, de modo bastante general, en la época de la dinastía española emanaba de las muchas cualidades estimables y corteses de aquellos europeos más ilustrados, por cuya capacidad superior y autoridad se sostuvo tan largo tiempo, tranquilamente, el orden de la sociedad entonces existente en esta y

otras partes del Nuevo Mundo. No obstante, el antiguo orden de cosas era defectuoso en muchos aspectos. Comprendía una indulgencia descontrolada hacia el disfrute de los sentidos, aunque la memoria de muchos patriotas desengañados gusta de recrearse con ello como con la florida retrospectiva de sus días más felices. Pero Lima ya no es más un jardín de rosas ni una enramada de recreo. Un día, al conversar sobre el cambio negativo que la revolución había generado en el sistema social de su país, un anciano venerable precisó: “Antes había un corazón que sentía y una mano que daba, pero ahora nos han dejado sin amistad ni compasión; uno no encuentra a nadie en quien confiar; y los hombres sin considerar ni el derecho ni la justicia, se cierran con el puño invencible con que la mona sujeta a su cría contra su pecho”.

Un amor ilimitado al despliegue superficial absorbe la mente de las personas de manera tan completa que ha superado, en gran medida, a la benevolencia activa y al excelente trato honorable de hombre a hombre; y debemos confesar que los criollos inexpertos, aún librados a sí mismos, en la conducción de sus propios asuntos muestran una discreción política limitada y una desvaída virtud pública.

Sin embargo, en conjunto, los peruanos, a cuyos diversos defectos debe hacerse muchas concesiones, tienen en grado eminente las cualidades redentoras de modales suaves y atractivos, y un carácter fácil y simpático. Estas agradables características, no tan frecuentemente asociadas a una viril franqueza de opinión, como sería de desear, a veces sirven en los actuales malos tiempos, como manto presto para eludir a aquellos deseosos de engañar.

Si estas personas aisladas, acostumbradas durante demasiado tiempo a la servidumbre y a la facilidad de la época de la fastuosa dinastía de sus amos europeos, fueran una vez inducidos —que, fácilmente podrían serlo bajo una buena conducción— a hacer de la honestidad y la laboriosidad virtudes más prevalecientes de lo que lo son ahora entre el grueso de la población, entonces podrían comprender más ampliamente lo que han logrado, las ventajas de esa inestable libertad que se enorgullecen de poseer con sentimientos de perdonable exultación.

Y con esa enmienda de sus rasgos morales, su país tan ricamente variado, con todas sus ventajas naturales y recursos mejorables, pronto

podría transformarse en un elíseo terrenal. Pero el germen de la verdadera libertad política se debe cultivar mejor y debe ser protegido por un gobierno firme, desinteresado y patriótico, antes de hacer que el suelo manifieste su latente abundancia, o que se desarrollen libremente las nobles virtudes en las mentes y corazones de una población heterogénea sin instrucción y recientemente independiente.

Como hemos dicho antes, la casta común de españoles provenientes de la vieja España, que se establecieron y formaron familias en el Perú, parecen haber sido hombres de estricta integridad comercial, que rara vez requerían obligaciones escritas o el reconocimiento de las transacciones pecuniarias contraídas; se dice que eran amistosos y caritativos, siempre dispuestos a ayudar a un pobre aventurero del viejo país, o a un amigo necesitado en el momento en que se presentara.

Las casas de los adinerados bullían de sirvientes ociosos y risueños holgazanes, cuya tosca alegría indicaba contento y abundancia, y el mendigo que se sentaba en el patio trasero o en el corredor cuyas paredes están todavía bellamente pintadas de flores y paisajes, a disfrutar de la frescura de la fuente artificial, o que reposaba en los bancos del zaguán, riendo con los alegres compañeros que lo rodeaban, no sentía las miserias del pauperismo, pues dondequiera que un mendigo limeño se sentara, allí era feliz y participaba gozosamente de las abundantes sobras de la mesa del rico, que eran liberalmente otorgadas a los pobres.

Pero, hablando en términos generales, la delicadeza de sentimientos o el refinamiento de la educación no eran propios de los colonos españoles y, aunque adquirirían riquezas con su moderada laboriosidad, levantaban costosos edificios y templos, dotaban conventos y monasterios, pagaban innumerables misas, acogían al pobre y llenaban la copa del bienvenido huésped hasta rebosar en un país de leche y miel, su *summum bonum* parece haber sido algo así como lo que el paraíso depara a un buen musulmán.

Según los nativos del país, el español que solía llegar a sus playas como aventurero y se incorporaba rápidamente a su círculo doméstico, rara vez era un tipo educado o intelectual; por lo general, era un hombre íntegro y de cierta laboriosidad, o para usar sus propias palabras: “*brusco, pero recto y trabajador*”. Asimismo, las mujeres, quienes,

en la mayoría de los casos, emiten acertados juicios, continúan aseverando que el español es “*un buen marido y buen padre de familia*”. Sin embargo, hay que tener presente que, para las féminas que habitan las costas del Pacífico, la virtud austera y la severa abnegación no son cosas esperadas ni requeridas de un esposo.

Aquellos extranjeros educados que frecuentan las reuniones y tertulias de la buena sociedad limeña —a la que consideramos como la mejor medida del refinamiento en este país— han tenido ocasión de lamentar que las mujeres de los modales más elegantes, con un porte de damas y de carácter intachable, por una inconsciente licencia al hablar, que no deja de resultar imperfecta en opinión de aquellos a quienes el prolongado hábito no ha familiarizado con ese estilo, se vean privadas de no poco de la ilusión externa que producen sus encantos, y parecen perder mucho de la valoración atribuida a su sexo.

Tenemos el placer de aportar nuestro testimonio sobre los grandes esfuerzos y gastos que ahora afrontan las madres para educar a sus hijas; e indiscutiblemente la generación nueva está a punto de entrar en la vida activa con muchas ventajas educativas. Pero, a pesar de que estas damas jóvenes poseen grandes ventajas sobre sus predecesoras en el conocimiento de francés, geografía, música, algo de dibujo y un estilo más casto de baile, aún sentimos la ausencia de una educación doméstica más humilde y útil; y pensamos que, si no nos equivocamos, este grave defecto no se remedia con profesores caros ni con la rutina de una escuela interna, sino con el buen ejemplo en el hogar. Para mejorar la educación doméstica de la parte femenina de la comunidad, sería necesario separar a las señoritas, tanto como sea posible, de la asistencia de las viejas *zambas* favoritas, quienes —según se puede suponer por muchas razones— les enseñan desde tierna edad a husmear en las debilidades personales de sus mayores, y excitan en sus mentes rápidas y perspicaces un grado de atención y curiosidad que, cuando son indiscretamente provocadas, rara vez dejan de torcer su inclinación hacia vicios que, en algunos casos, se pueden considerar hereditarios; y así abren la puerta a una serie de indulgencias que, a la larga, resultan la cruz de su mal buscada felicidad, así como la ruina de muchas caras esperanzas del padre amoroso, puestas muy ciegamente en una hija dejada bajo la diaria tutela de domésticos intrigantes.

Las damas de corta edad y mucho antes de ser casaderas, aprenden a anticipar su propia omnipotencia al cumplir los quince años, edad que las niñas de siete u ocho años anhelan pues consideran que en dicha época llegará su perfecta felicidad, ya que como dicen los españoles: “*No hay fea de quince*”.

Hay también entre estas mujeres talentosas, cuya superioridad como conjunto sobre sus propios compatriotas se admite siempre, un gran *esprit de corps*, de modo que la más pecadora nunca carece de una voz amable que defienda su causa, y palie cuando no puede exculpar, los errores de una hermana.

Este tolerante sistema pasa por todas las clases y rangos; sin embargo, su influencia requiere mayor atención en los círculos superiores. Nadie se atreve a lanzar la primera piedra contra el infortunado, y allí surge imperceptiblemente una gradación de vicios y virtudes, que se superponen unos a otros hasta constituir un conjunto social, en el que una caridad rebotante ampara todos los diferentes grados de desviación moral. El placer y el vicio están estrechamente unidos, y lamentablemente el que toma los hábitos de clérigo y lleva la tonsura no mantiene siempre su persona ajena a las voluptuosas diversiones que lo rodean, y el ejemplo del hombre que rige la conciencia del pueblo —que les otorga la absolución y concede las indulgencias—¹ será imitado de modo natural: de ahí la tolerancia de la opinión pública en lo que se refiere al carácter individual y privado en el Perú.

En Lima, aquellos cuyos negocios los obligan a frecuentar los tribunales se quejan de la administración lenta y parcial de la justicia pues la turbulenta independencia de los malos y alborotados, sin el control de una policía activa y confiable, crece cada día y plantea un desafío. A diario se ve que la impunidad, la influencia monetaria mal adquirida, y las intrigas de los falsos hipócritas y jactanciosos, adoptan la insignia bordada de ¡un benemérito de la patria! —un honor que solo pertenece en justicia a ese personaje raro: el patriota genuino, que sabe sacrificar su propia conveniencia al bien público—. A menudo se deja a los jueces sin medios pecuniarios congruentes con su

1. Véase el apéndice Jubileo eclesiástico.

honorable estado, porque sus sueldos no son pagados puntualmente por el gobierno; y, si en estas circunstancias, la balanza de la justicia se desequilibra, la responsabilidad no debe ponerse toda a cuenta de esos funcionarios que han sido designados como administradores de la ley. Ciertamente, desde hace mucho tiempo, las sumas que han entrado en el tesoro nacional han sido demasiado escasas para mantener la pompa del despliegue militar, junto con los gastos acumulados de una guerra destructiva y desmoralizante, y los apuros financieros, surgidos de estas circunstancias, han incluido en sus secuelas algunos retrasos en la administración civil de justicia. Sin embargo, pensando en el lector, debemos acotar otra razón que establece la desigual distribución de la justicia, la cual señala que las mujeres limeñas, en todas las épocas, han poseído, desde tiempo inmemorial, una firme prerrogativa, que ni las convulsiones que lograron su libertad política, han obliterado o cambiado en lo esencial: el *empeño*.

Este instrumento de clemencia tácitamente constitucional, empleado por aquellas mujeres inclinadas a la compasión, puede, si está mal encaminado, operar contra los intereses vitales de la colectividad; y, a través de este, se pueden frustrar, de vez en cuando, los verdaderos fines de las disposiciones legislativas promulgadas. Tal prerrogativa es utilizada, especialmente, por algunas mujeres jóvenes de aspecto distinguido, quienes no están casadas ni solteras; pero que, en el lenguaje de las indulgentes matronas del país, se les concede ser, sin estar casadas, muy honorables y talentosas: “*No es casada, pero muy honrada, muy prendada*”. Una dama de esta calidad, mientras tenga una calesa en Lima y un rancho en Chorrillos, rara vez perderá su buena posición en la sociedad. Ahora, supongamos que esta dama, ataviada con su traje nacional, mejor dicho, limeño, de saya y manto² quiere solicitar

2. Este traje, característico, especialmente, de Lima, es poco conocido en otras partes del país, con la excepción de Trujillo. El capitán Basil Hall lo describe muy correctamente:

Este traje —dice— consiste en dos partes, una llamada la saya, y la otra el manto. La primera es una enagua, que ajusta muy exactamente, que, al ser también muy elástica, permite que la forma de las extremidades se vea muy claramente. El manto, también es una enagua, pero en vez de bajar hasta el pie, como sucede con

algún favor o indulgencia para otra, o un favor particular para ella; para lograr tal propósito, emplea un sinnúmero de halagos y palabras persuasivas. El caballero asediado por este ser tan elocuente y atractivo, escucha imprudentemente hasta quedar por completo a merced de su hechicera. Este embrujo es lo que vulgarmente significa la enorme y desmesurada prerrogativa llamada *empeño* en el Perú. Este prominente poder se origina, de modo muy común, debido a cierta influencia que comparten tanto casados como solteros, el vínculo sagrado entre *compadres y comadres*. Esta influencia les permite a las mujeres, según su gusto, privar a los hombres del libre albedrío. Asimismo, debe tener amplia aplicación práctica, y producir el bien o el mal en un país, donde declaradamente extiende su cetro a la judicatura y al altar, al Senado, al palacio y a la campiña. En Lima, cuando un antiguo residente se entera de un altercado político o doméstico, o de cualquier movimiento serio que cause revuelo y sensación en la ciudad, no deja de preguntar qué mujer puede estar detrás de esta *bullanga* o alboroto, y si, por casualidad, el asunto le concierne a él, a sus amigos o a su partido político, no se queda tranquilo hasta que averigua de qué mujer se

todas las enaguas decentes, se pone encima de la cabeza, el pecho y el rostro, y se mantiene tan cerrado con la mano, a la cual también oculta, que ninguna parte del cuerpo, excepto un ojo, y a veces, solo una pequeña porción del ojo queda visible. (Hall 1824, vol 1: 108)

Podemos agregar que, aunque se permiten algunas extrañas travesuras con este disfraz, también se le considera, por aquellas que están acostumbradas a él, un traje cómodo de por sí, en un país donde no es raro oír misa en la mañana antes de que haya habido tiempo para trenzar y arreglarse el cabello, el cual, a veces, es tan largo que llega hasta el bonito tobillo. Por tanto es considerado una comodidad por las mujeres de todas las clases, e, incluso, de todas las edades, ponerse su traje de diario y encima las saya y el manto cuando desean ir a la calle “tapada”, o con la cabeza y el rostro cubiertos con el sutil enagua o manto ya descrito, sin tomarse la molestia de aparecer vestidas de una manera más elegante y formal; o según la moda europea, como lo hacen en las fiestas vespertinas, o cuando frecuentan lugares públicos de esparcimiento —como el teatro o la plaza de toros— y pasean en carrozas y calesas en las diferentes alamedas o paseos públicos. En alusión a la costumbre de salir veladas a la calle, la verdadera dama limeña es caracterizada simpáticamente con este dicho popular: “en la calle, calladita; en la casa, señorita”.

trata, o descubre donde radica la alianza espiritual, en la que se basa la *comadre* que da la orden del día.³

Las jóvenes serranas tienen una forma ingeniosa de conseguirse *compadres*, sin la necesaria interferencia del sacerdote; simplemente le envían al caballero a quien desean honrar un pan dulce en forma de muñeca que llaman *guagua* (bebé en quechua). A este vástago que refleja su buena voluntad, la cual esperan que sea mutua, lo visten lindamente y lo acomodan en un lecho hecho de flores frescas y lo envían “Con muchísimas expresiones”, bajo el nombre ya asumido de *comadre*, a la persona que su gentil acto de parcialidad confiere este título de confianza, esperando con la aceptación una devolución de atenciones y cortesías de verdadero *compadre*.

En la costa (en la capital), en el cumpleaños de la dama o en el día de su santo, celebrado con alegres fiestas cuya realización se anima con el encanto combinado de la música, el baile, los banquetes y todo lo que puede hacer tales encuentros atractivos, el salón se convierte en un jardín florido gracias a la atención de los *compadres*, *comadres* y amigos, que compiten por enviar presentes de bellas flores, confituras y otros regalos. Además, en la repetición anual de estas gozosas reuniones, los amigos de la familia y del individuo que es objeto de los cumplidos del día, tienen la mejor oportunidad de expresar su amistad sumando adornos al ajuar de una damisela o de presentarle una muestra delicada de su estima personal.

Estas reuniones, no omitidas en las viviendas humildes, se consideran mejores en la bella *cuadra* o salón de tertulia de los ricos, donde

3. Los versos siguientes escritos por un antiguo poeta español [Juan Boscán, “Octava rima” (N. de la T.)] describen un paraíso de mujeres tan exactamente que uno puede figurarse que fueron escritos para describir la ciudad de Lima: “aquí gobierna, y siempre gobernó/ aquella reina que en la mar nació.// Aquí su cetro y su corona tiene,/ y desde aquí sus dádivas reparte,/ aquí su ley y su poder mantiene/ mucho mejor que en otra cualquier parte/ [...] Sobre una fresca y verde y grande vega/ la casa de esta reina está asentada:/ un río al derredor toda la riega, /de árboles la ribera está sembrada,/ la sombra de los cuales al sol niega/ en el solsticio la caliente entrada:/ los árboles están llenos de flores/ por do cantando van los ruiseñores”. [Floresta de rimas antiguas castellanas 1821: 304-305. Disponible: <<https://archive.org>> (última consulta: 05/06/2016) (N. de la T.)].

grandes candelabros se reflejan en amplios espejos, además, para alegría de los festejantes se multiplican los grupos de rostros alegres. Aquí y allá, hay canastas de Huamanga, de textura de filigrana, llenas de frutos perfumados y sazonados, algunas veces ornamentadas con delicadas hebras de oro y plata, artísticamente aparejadas de estaquilla a estaquilla con la especia fijada a la fruta. Entre ellas son habituales las manzanas doradas —es decir, manzanas cubiertas de pan de oro—, muchas frutas dulces inmersas en aroma y la olorosa chirimoya. Los ramos de azahar son particularmente agradables a los invitados cuando los reciben de manos de la anfitriona o sus encantadoras hijas.

Aquí podemos indicar que entregar una flor a un visitante matutino, que, si es un caballero fino, está acompañada de un saludo verbal, donde se coloca suavemente la mano sobre pecho, es solo un seña habitual de atención cortés, muy acorde con los modales complacientes y el gusto natural de las damas limeñas, favorecidos, en este caso, por su clima benigno, rodeado de fragantes frutos y flores. Casi siempre, al dejar sus casas, ellas rocían a sus visitantes con perfumes y así los despiden siempre *fragantes* de hospitalidad. Y, aunque los corredores en que, frecuentemente, se mecen en sus hamacas o disfrutan de una siesta están perfumados con jardines llenos de flores o patios con rosales y jazmines, cuando es conveniente se ponen fragantes plantas en la recámara principal para que alegren al enfermo al recibir a sus amigos en dicha habitación, que, por lo general, está esmeradamente amoblada, y se comunica con el salón o *cuadra*. Nuestro ejercicio profesional nos ha dado la oportunidad de conocer íntimamente —y poder proclamarlo— que al lado del lecho del enfermo (donde los hombres se encuentran muy desamparados sin la ayuda del sexo débil, a la vez más paciente y sereno, más diestro y cariñoso en su atención), se aprecia a la limeña en sus mejores cualidades, cualquiera sea el rango, la cuna o las pretensiones que tenga. Aquí, hasta la más humilde e imperfecta, muestra la bondad natural de su disposición y se le ve superar las desventajas de su educación al manifestar el poder angélico de su sexo para aliviar el dolor y alegrar al atribulado, con la práctica de esa bendita caridad que cubre una multitud de pecados.

Curiosamente, no existen sirvientas entre las mujeres blancas de Lima, a pesar de estar sometidas a muchas de las privaciones y

humillaciones de la pobreza; pero una joven pobre de sangre española pura, aunque sea de cuna humilde, siente, pese a la miseria de sus circunstancias, el impulso de lo que considera noble en ella y, ante sus prejuicios, nada rechaza más enérgicamente que la idea de convertirse en esposa de un hombre de origen africano o esclavo.

Bonitos portes —y sobre todo unos ojos brillantes y bellos— y lindas figuras con un andar de inimitable gracia, constituyen la herencia común de la raza europea, que, en sus propias formas, participa de la blandura y suavidad del clima en que han visto la luz. Son, al igual que sus compatriotas más oscuros y pardos, extremadamente atentas a las ordenanzas externas y públicas de su demostrativa religión, que debe impresionar a todos con un sentimiento de solemnidad pues, al toque de campana al anochecer, todo ser humano se dedica a un acto común de devoción pública. Mantienen el espíritu católico de devota demostración, ayuno y penitencia; la misma fe en la eficacia de las efigies e influencias de los santos, la misma confianza en la absolución del sacerdote y en las indulgencias, pero no valoran la crueldad ni la severa religión de sus antecesores, cuyo ardiente celo plantó la cruz en las actuales ruinas de Pachacámac.⁴ Aunque poco versadas en la información libresca, habitualmente están dotadas de agudeza e inteligencia naturales, y rara vez ignoran las cosas mundanas, incluso cuando son educadas en conventos. Además, difícilmente son superadas por sus sentimientos tiernos o tan ciegas a sus intereses mundanos como para caer en la locura de un genuino matrimonio por amor; y, cuando hay que lanzar una observación sagaz o una réplica pertinente, lo hacen de forma rápida y precisa. Son indulgentes con la pasión y la debilidad humanas; constituyen una compañía agradable, incluso fascinante a

4. El antiguo templo de Pachacámac está situado a unas seis leguas de Lima sobre una elevación arenosa, ahora carente de irrigación, que domina el delicioso valle de Lurín. Desde este adoratorio se ve la puesta del sol en toda su majestad en el océano: *Over the hush deep the yellow beam he throws, gilds the green wave, that trembles as it glows* [“En la callado piélago el rayo amarillo que (el sol poniente) arroja, dora la verde ola que tiembla al refulgir”], George Gordon, Lord Byron [del poema “La maldición de Minerva”. Disponible en: <<http://mykeep.com/lordbyron/curseofminerva.html>> (última consulta: 15/06/2016)].

veces; nunca fallan en dejar al *buen mozo*, si no encantado con ellas, al menos sumamente satisfecho de sí mismo. Su conversación es vivaz y desenfadada y, aunque particularmente consentidas y mimadas desde la niñez, acostumbradas al halago y aficionadas a causar admiración, están libres de una molesta ligereza y de modales afectados, así como de una embarazosa timidez o una fría reserva; su amor filial es la admiración de los extranjeros y, cuando disfrutan de la bendición de tener buenos esposos, son esposas fieles y cariñosas.

En Lima, nada llama más la atención de un foráneo que comprenda el idioma que la propiedad y fluidez con las que el personal de servicio expresa sus pensamientos; esto lo hacen, habitualmente, con un agradable matiz propio de la facilidad y estilo de las clases más altas. Este hecho se le atribuye, sin duda, a su propia habilidad natural y a su crianza, pues muchos establecen un vínculo muy estrecho y familiar con sus superiores. Lamentablemente, este rasgo encomiable de los sectores más humildes de la colectividad está originando, rápidamente, ciertos modales invasivos de una aristocracia emergente y descontrolada de sangre mestiza; una hermandad oscurecida y bronceada, cuya misma complejión indica una incapacidad de sonrojarse tan evidente a primera vista, como lo solía ser en la raza blanca aquella insignia venerable del orgulloso linaje español: la *¡sangre azul!*, llamada así por las razas inferiores, en referencia al color de las venas que aparecen a la vista bajo el delicado tejido de una piel blanca pura.

El ingenio, no desconocido entre las mujeres blancas, es un atributo general de las castas mestizas y zambas. Estas personas de color son muy aficionadas al sarcasmo, gustan demasiado de lo ridículo y lo fantástico. Cuando están de un humor bilioso o colérico, son escandalosamente apasionados; pero entonces pronto enfrían o aplacan su furia con *chicha-piña* (jugo fermentado de piña) y *nieve* (hielo o agua con hielo), y recuperan su ecuanimidad y risas de regocijo. Pensamos que los casos de muerte, producto de impetuosos arrebatos de pasión, son raros entre ellos; aunque hemos tenido ocasión de oír algunos, y hemos presenciado graves enfermedades nerviosas que proceden de la turbulenta emoción de su salvaje cólera. Dichas castas mixtas se evidencian debido a lo que ellas mismas llaman *broma* (un tipo de juego

burlón, con ruidosa diversión y devaneos sensuales, que se manifiesta, sobre todo, en sus *jaranas* o alegres reuniones); les gusta el teatro, y son apasionados de las corridas, las peleas de gallos, las procesiones religiosas y un tipo de canto y música que inflaman las pasiones y pervierten el corazón: sus festividades con frecuencia degeneran en libertinaje y su regocijo en obscenidad.

Los jóvenes de padres españoles u origen español puro son habitualmente vivaces e inteligentes como sus hermanas; pero, a medida que sus facultades corporales se acercan a la madurez, su atención se concentra en los placeres frívolos, lo cual parece debilitar sus facultades mentales, y vicia y limita su futura expansión. Por tanto, no es raro que muchachos prometedores se vuelvan hombres infantiles y veleidosos, necios y fatuos. Esta última imbecilidad mental la observamos, con sorprendente frecuencia, en las familias de la nobleza suprimida.

Esos pocos espíritus bien templados que han superado cualquier obstáculo a su completo desarrollo mental, poseen una sed innata de saber que incluso el conocimiento mismo no puede apagar, pues, mientras más aprenden más aspiran a conocer. Tales hombres, con poco estímulo externo para impulsar o alimentar sus gustos y afanes literarios, son como aquellas plantas en tierra árida, que solo requieren unas cuantas lluvias pasajeras para incentivar sus energías, desarrollar su forma y desplegar su belleza. Estas selectas personas constituyen la delicia de sus amigos, y merecen vivir en esa sociedad que diariamente anhelan, pues perciben como son pisoteadas las mejores leyes e instituciones del país por déspotas militares, a cuyos gestos de mando deben obedecer, mientras dicen para sus adentros *vetitum est sceleri nihil!*⁵

El 23 de junio, víspera del día de San Juan, todo Lima se reúne en los paseos de la “Gran Alameda” y, entre los huertos de naranjos ya bellamente cargados de frutos, en el retiro romántico del cerro de Amancaes, a solo una milla de la ciudad aproximadamente, y perfectamente

5. Expresión que proviene del verso: “*vetitum est adeo sceleri nihil*” (“¡hasta tal punto nada está vedado al crimen!”) de Publio Ovidio Nasón (2002, libro V, verso 273, vol. 1, p. 171 (N. de la T.).

apto para campo de recreo (si solo se le proveyera de agua, lo que podría hacerse a un cierto costo). Tal lugar ofrece una bonita vista de la ciudad con sus campanarios, sus anchos campos, sus innumerables huertos, el Rímac y el hermoso lago de su desembocadura, la isla de San Lorenzo y las embarcaciones del Callao; y tiene como fondo, un contraste de promontorios recién cubiertos de una vívida vegetación, entre numerosos riscos y muchas crestas y precipicios. En el día de San Juan, una fecha de fiesta y alegría, se encuentran hombres, mujeres y niños de todas las clases, edades, colores y ocupaciones. Adornan los caballos, los asnos e incluso sus propias personas de la mejor manera posible; los seres racionales e irracionales de la siempre móvil multitud van cubiertos de flores de amancaes tomadas de las grietas y recodos de estos cerros. En este lugar hay tiendas y toldos, que ofrecen asientos y refrescos a aquellos que gustan del jolgorio irreflexivo y gritón de la *jarana*. Hay, en este despliegue una insistente confusión de discordia musical que surge del toque de tambores, trinos, gritos, arpegios y guitarreos, cantos, risas y bailes. Además, podemos contemplar el popular *paseo* de las *chuchumecas* (mujeres de dudosa moral) quienes se mezclan libre y congenialmente con la gente, para la diversión infinita de la multitud. El gusto nacional se manifiesta aquí, como en otras festividades, en la fuerte risa simultánea o *carcajada* de animados hedonistas cuando la danza predilecta de la *zamacueca* se exhibe con estilo libre y magistral.

Las periódicas cabalgatas y excursiones de los limeños a Las Huacas, Surco y Lurín, ahora están decayendo por descuido pues no hay dinero ni tranquilidad pública para tales felices escenas de habitual alegría. El carnaval, junto con ellas, ha perdido su espíritu, la Nochebuena se ha visto privada de mucho de su jolgorio y se está marchitando y desvaneciendo rápidamente todo aquello que por costumbre era lo más encantador y chispeante.

Asimismo, existe poca disposición para entregarse a la pesarosa y silenciosa quietud del *duelo* (muestra de condolencia formal) por los difuntos; atrás quedó la época de oro de este pueblo festivo que por generaciones ha sido muy feliz en la inconsciencia de sus defectos y en la convicción de que ningún otro pueblo en la tierra era capaz de superarlos en conocimiento y civilización.

En todas las regiones del mundo existen hombres criminalmente egoístas y sin principios; y en el Perú pueden encontrarse una serie de pícaros llamados *pillos* quienes se han vuelto más numerosos y problemáticos debido a las circunstancias de los tiempos. En Lima se observan dos tipos de *pillos*: el *pillo* y el *pillo fino*. El primero es un tipo de pícaro muy común y plausible; pero el segundo, como su nombre implica, es un tramposo más refinado, que muchas veces llega a la capital atraído desde lugares distantes por la fama de sus numerosos encantos, la parálisis de las leyes y la consiguiente facilidad para escapar del castigo. El tintineo de los pesos fuertes y doblones contantes, embutidos en *talegas* (bolsos de dinero), y lanzados también a la mesa de apuestas, son sonidos que de seguro deben atraer al *pillo fino* hacia la promiscua sociedad de tahúres limeños, donde la moneda valiosa suele ir a parar a las manos del mañoso. Cualquiera que sea el país de nacimiento de tal animal, este no es sino un vampiro, un succionador de sangre humana; pero el *pillo* vulgar es un tipo muy diferente, siempre plausible y acomodaticio, un tipo común y corriente de la sociedad, que se aprovecha del prójimo y a quien todos los ingleses adulados por su generosidad pueden estar seguros de encontrar. La finalidad de su melosa adulación y de su política de muchas sonrisas es lograr un préstamo de dinero; y cuando pide *plata prestada* a alguien, le asegura a esa persona que pedirselo constituye la mayor prueba que puede ofrecer de su propia confianza y consideración; pero, aunque se muestra generoso en alabanzas, no se cuida de manifestar su propósito secreto: no devolver nunca lo que su garra obtenga.

Un dicho común de los españoles es: “*Es bueno conocer al amigo sin perderlo*”, esta frase, como ocurre con la mayoría de adagios españoles, transmite una lección de sabiduría práctica para la vida misma. El *pillo* común, del que hablamos, nunca se disgustara con uno por recibir una educada negativa, de este modo, actúa según el espíritu del refrán citado, y conserva tanto al amigo como el dinero; pues, cuando se le rehúsa educadamente, él lo deja a uno con buen humor y prosigue en busca de alguien menos desconfiado, y piensa para sus adentro: “*Ya este sabe*” (este ya conoce nuestras tretas).

Aunque el Perú sea un país lleno de oro y plata, en ningún lugar están los metales preciosos en mayor demanda que en Lima, donde la

escasez de capital circulante se muestra en los repugnantes tratos del usurero común, que arranca a las víctimas de su codicia de 2 a 3% al mes sobre los adelantos que hace, mientras que la tasa de interés vigente y normal en el país es de 1% al mes o 12% al año.

La plata encubre más delitos que la propia caridad, de ahí que se oyen expresiones como estas: “*Nada es malo que la plata gana*”, “*Bien, ¡le costó su plata!*”, “¿Por qué no tener su gusto cuando le cuesta su plata?”, como si el dinero, por ventura, pudiera eliminar la torpeza moral de un disfrute pecaminoso.

Hoy, no podemos ofrecer al lector una mejor idea de la ética popular del Perú, que las palabras de un amigo quien reside hace mucho tiempo en el país. Según él, el Perú posee una ventaja sobre todos los demás países que ha visto, aquí “nadie debe perder la compostura por algo que uno pueda decir o hacer”. Con un enunciado tan amplio como el que transmite la expresión citada, solo deseáramos representar el mal estado del sentimiento moral que prevalece entre la masa de un pueblo al que no hace mucho se le permitió seguir sus propios deseos sin restricción, sin por ello querer negar el hecho de que en Lima, muy particularmente, con frecuencia encontramos que las buenas disposiciones naturales y los modales atentos proporcionan, en grado no pequeño, el lugar de un principio superior en el trato ordinario de la vida. Y aún más: exceptuaríamos honorablemente de esta descripción general muchos casos individuales de virtud eminente presentes en la sociedad peruana; sorprendentes ejemplos de amistad y amabilidad desinteresadas (de las cuales el propio escritor ha sido objeto más de una vez), y la conducta generosa, amable y digna de encomio que manifiestan en sus relaciones sociales y domésticas.

Si consideramos todos los factores de las circunstancias de los peruanos, su historia de principio a fin debe despertar interés por su situación pasada y presente en la mente de todo investigador, antes que predisponerlo a censurarlos indiscriminadamente por sus errores. En efecto, podemos sorprendernos de no encontrar menos buenas cualidades entre ellos, y por otra parte, de no ver más activas las pasiones más salvajes, que embrutecen completamente la naturaleza humana y agitan todo rincón de la sociedad, entre una mezcla de castas discordantes e ignorantes, que pasan sin adecuada preparación de un

extremo de gobierno a otro, y de una conmoción civil a otra de mayor confusión y desgobierno.

Pero, como hemos tenido ya ocasión de mencionar, hay entre toda la masa del pueblo una aptitud natural para agradar con un trato alegre y nadie puede presenciar los atractivos externos de las clases superiores y más ilustradas, que están ocupadas diariamente en sus acostumbradas rondas de atenciones corteses y sociales, sin desear al menos que tales gentilezas sobrevivan a la supresión de todo aquello que es pernicioso a un estado saludable de la sociedad.